

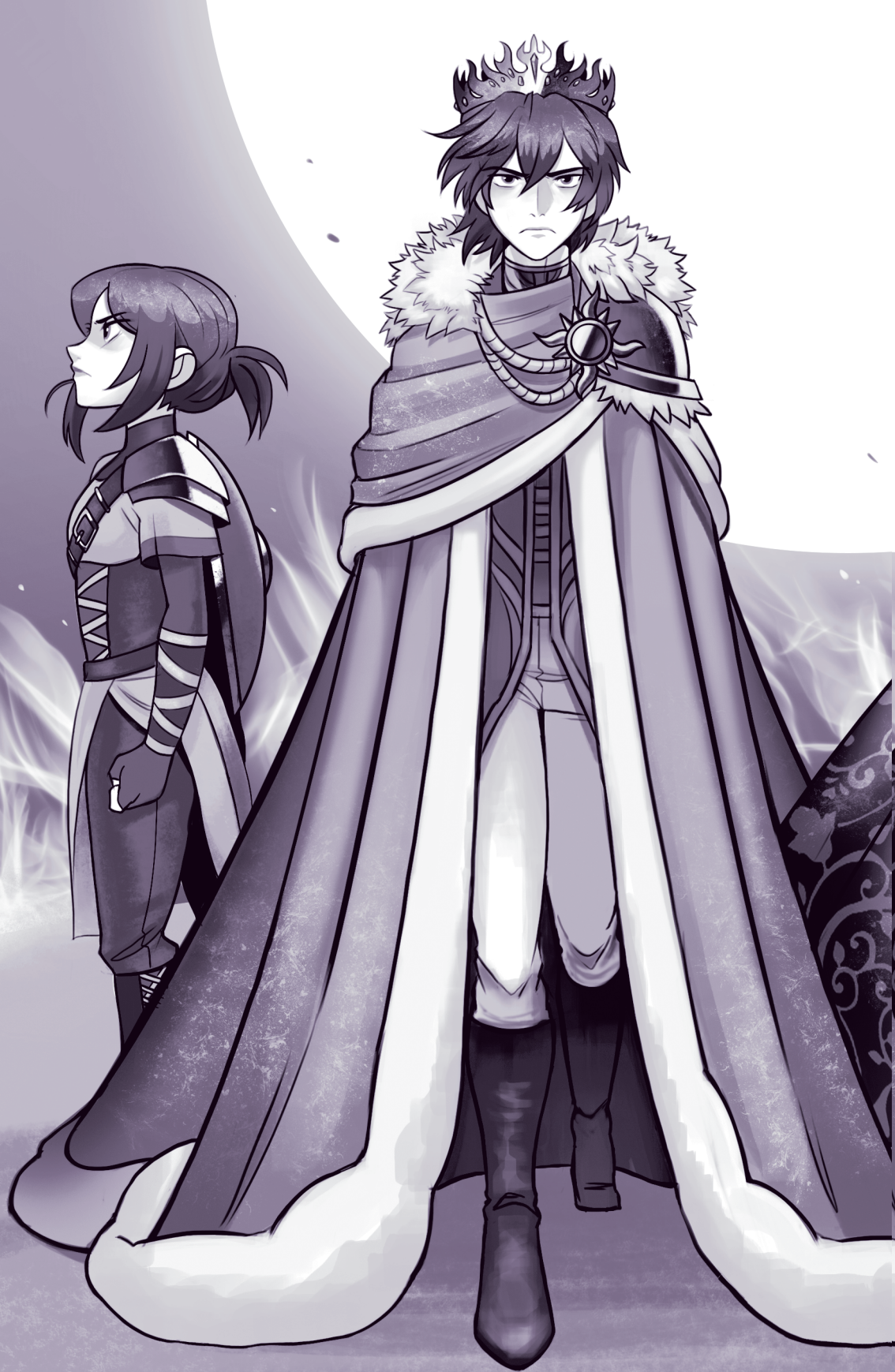


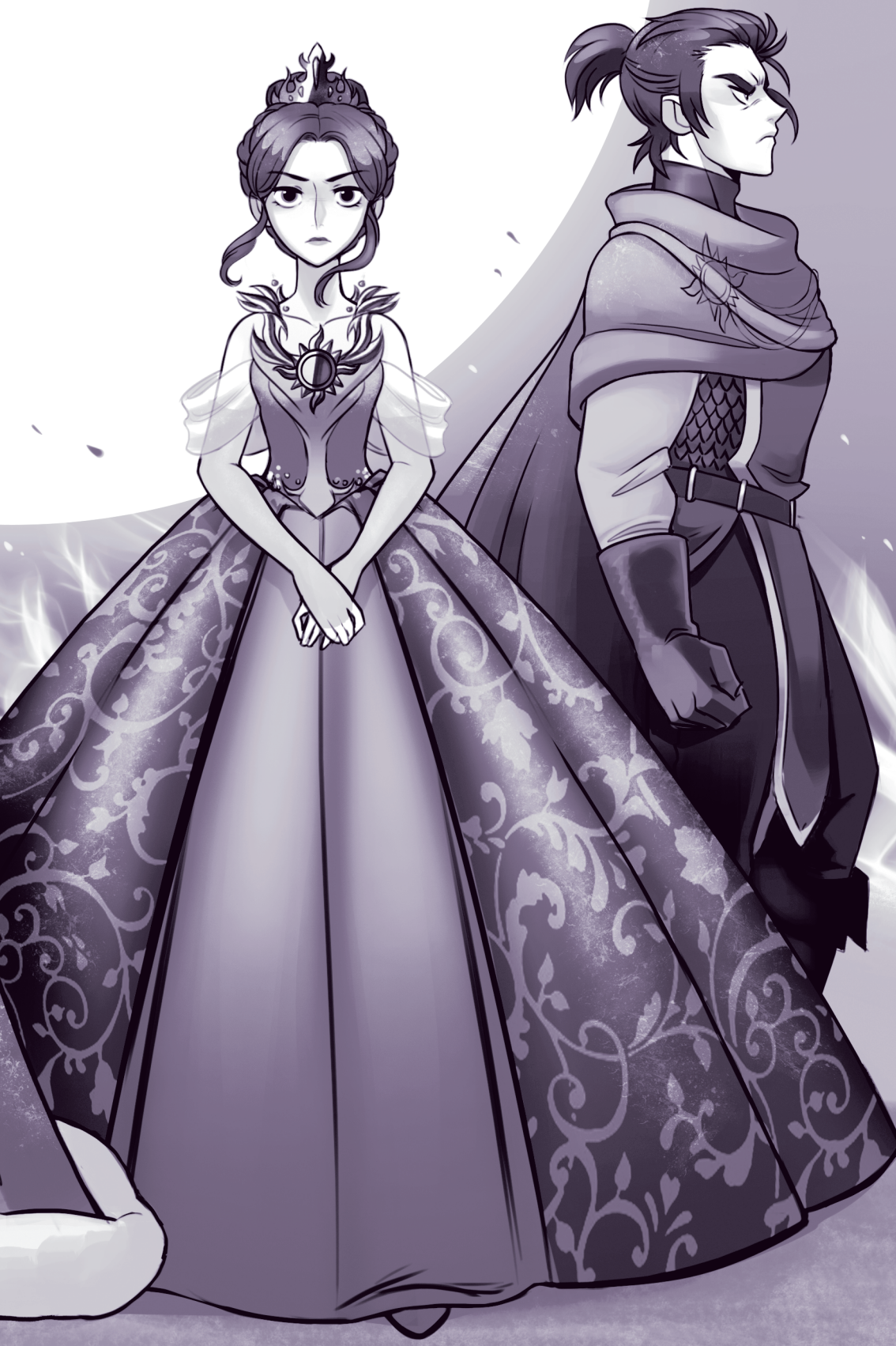
CLAUDIA RAMÍREZ LOMELÍ

La Ladrona de la Luna

 Planeta

*Para mi hermana Andrea,
porque sin ti, este libro no sería.
Gracias por ser mi luz de luna.*







AMNIA

DAZA

MAR PENUMBRA

ZOBETH

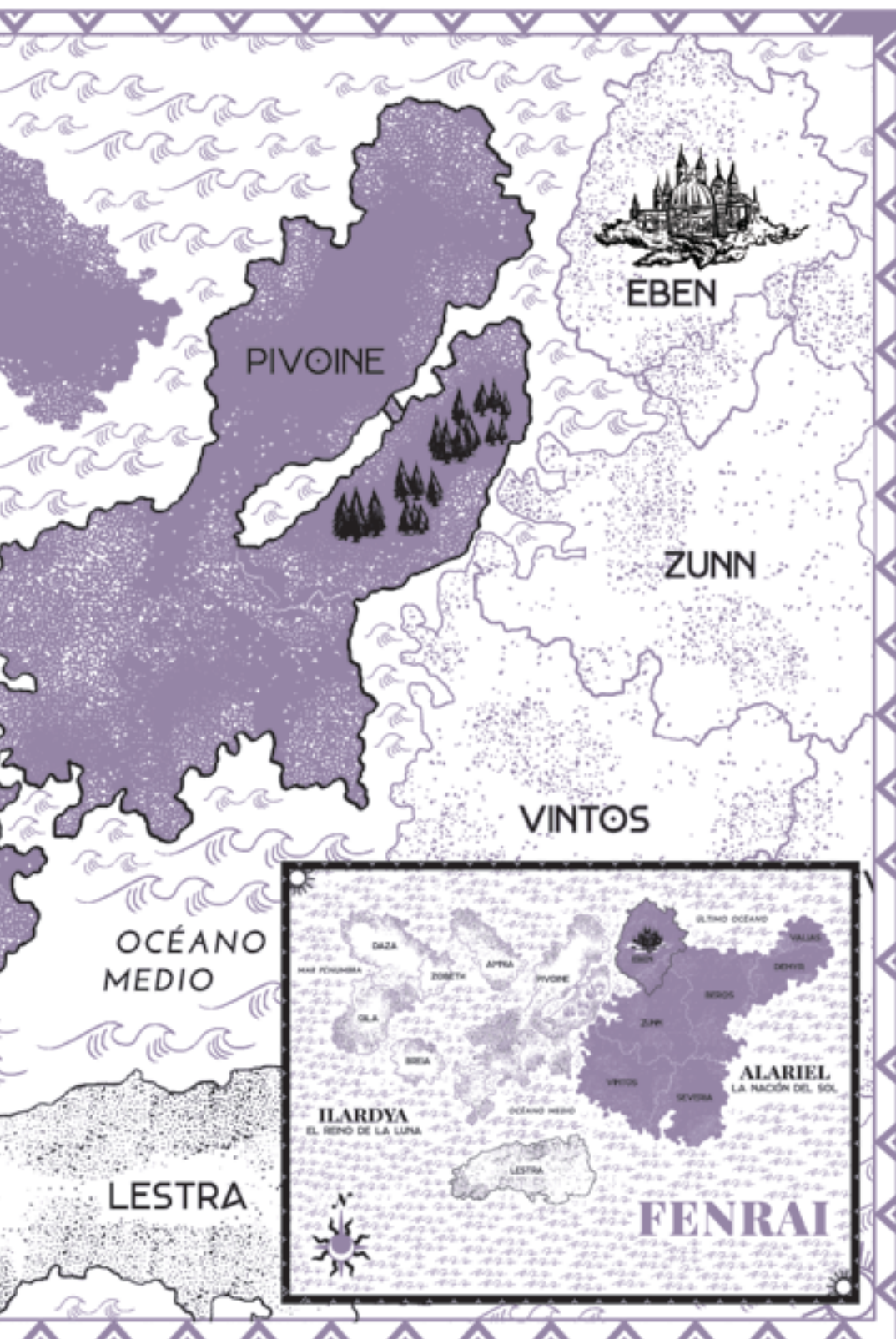
GILA

BREIA

ILARDYA

EL REINO DE LA LUNA





Parte 1

EL REY

*Se había convertido en el rey del sol.
¿Entonces por qué le hablaba
a la luna todas las noches?*

Capítulo 1

EMIL

El rey de Alariel estaba preocupado, pues, una vez más, el sol no había salido a la hora habitual.

Jugueteaba con el anillo en su dedo anular mientras miraba por la ventana del carruaje. La oscuridad se atenuaba y, poco a poco, comenzaba a ceder. Eso no era normal, pues, cualquier otro día, el sol habría salido un par de horas antes. Apretó su anillo con fuerza. Sentía impotencia al no encontrar una explicación a esta situación, que cada vez se hacía más recurrente.

Metió la mano al bolsillo del saco que llevaba puesto, tomó su reloj de cadena y miró la hora. Emil no solía llevar consigo un reloj, pero este problema lo estaba obsesionando con el tiempo. Cuando miró las manecillas, comprobó lo que, de todos modos, ya sabía.

El sol ya debería estar brillando en los cielos de Fenrai, pero se negaba a salir.

O tal vez algo no le permitía salir.

La primera vez que sucedió fue hace seis meses. Toda la nación pensó que se había tratado de un hecho singular, que no volvería a pasar. Pero no fue así. Conforme transcurría el tiempo, se repetían las mañanas en las que el sol se demoraba en salir. Cada vez con más frecuencia y cada vez más tarde. Esto era alarmante, no

sólo porque nunca había ocurrido, sino porque cuando ocurría... la noche duraba más.

La nación del sol no era muy fanática de las noches.

La ola de preguntas no se hizo esperar; todos querían respuestas por parte del rey. El problema era que ni el mismo Emil Solerian sabía la causa de este fenómeno. Y, por si fuera poco, no era el único asunto por el cual tenía que preocuparse. Echó la cabeza para atrás y cerró los ojos, frustrado. No tenía la energía para atender los compromisos del día; sin embargo, esa no era excusa. Desde que se convirtió en rey, había dejado de dar excusas.

Una mano de tacto sumamente familiar y apretón suave se posó sobre la suya. No abrió los ojos, pero le devolvió el gesto a su esposa, Gianna Solerian.

Justo en ese momento, el carruaje frenó repentinamente, lo cual ocasionó que Emil abriera los ojos de golpe. Habían llegado a su destino, Beros, la gran ciudad montañosa, que también era el hogar de la honorable casa Lloyd, una de las más poderosas e influyentes de Alariel, incluso antes de que su heredera se convirtiera en la reina consorte.

Beros era toda una visión, una muy distinta a la de su propio hogar, Eben, la capital. Allá todo era cielo y brisa; en Beros sólo se podían ver majestuosas montañas de distintos tamaños, con caminos que se abrían entre y sobre ellas, así como casas construidas tanto en las partes bajas como en las más elevadas. Mientras más arriba se ubicara una casa, más alto era el estatus social de la familia. Por lo general sólo las familias de dinero podían costear vivir tan arriba, especialmente porque, para llegar, lo más sencillo era volar en pegaso, criaturas bellas pero escasas, y sólo unos cientos de privilegiados contaban con uno.

El destino final era la residencia de los Lloyd, en donde se hospedarían por unos días. Como se encontraba en la cima de la montaña más alta, para llegar ahí primero debían recorrer un gran tramo de camino montañoso.

El carruaje comenzó a moverse de nuevo. Los ciudadanos de Beros ya los esperaban, todos de pie por ambos lados del sendero. Se habían reunido para dar la bienvenida a la familia real.

Emil recorrió la cortina y alzó la mano para saludar mientras el carruaje pasaba. Gianna también saludaba, luciendo deslumbrante,

como siempre. Ese día había optado por recoger su cabello color avellana en una serie de complicadas trenzas; varios mechones caían con delicadeza y contorneaban su afilado rostro. Llevaba una tiara de oro y un vestido de la misma tonalidad, el cual hacía que su piel morena irradiara luz.

Emil también llevaba corona, como sucedía en raras ocasiones, pues el protocolo dictaba que así lo hiciera en las visitas oficiales de la familia real a cada ciudad. Todos los años tocaba ir a una ciudad distinta de Alariel, y ya le debían esta visita a Beros desde hacía tiempo. Sintió melancolía y amargura al recordar que se suponía que esta visita la haría con sus padres, antes de la desaparición de la reina Virian. Antes de todo el caos y de todo el dolor.

Pero no podía permitir que los recuerdos se apoderaran de él, como lo hacían siempre que se quedaba solo con sus pensamientos. Era la primera vez que haría esto sin sus padres. Era la primera vez que lo haría no como príncipe, sino como rey.

Mientras más avanzaban, no sólo aumentaba la gente, sino que también comenzaban a vislumbrarse rayos de luz que coronaban las montañas. El sol al fin salía y Emil podía notar el alivio y la felicidad en los rostros de los ciudadanos que veía al pasar. Él se daba cuenta de la incertidumbre en ellos cada vez que esto ocurría. Había miedo también y, sobre todo, muchas dudas.

Una calidez que parecía provenir del mismísimo sol le inundó el pecho al ver que, a pesar de esto, la gente de su nación lo miraba con auténtico cariño y dejaba de lado el temor. Este era el legado de su madre, a quien todos recordaban como la gran soberana que fue. Emil recibía ese amor por el simple hecho de ser su hijo, pero, como rey, aún tenía mucho que probar. Cada día de su vida se esforzaba por ser el líder que Alariel merecía.

No quería vivir bajo la sombra de su madre, quería forjar su propia historia.

La nación nunca llegó a enterarse de lo que realmente ocurrió en la Isla de las Sombras. Ni de los cristales ni de lo que hizo la reina Virian. Esto lo habían acordado desde que pusieron un pie fuera de ese horrendo lugar. Su madre no había sido una mala persona, simplemente era humana, como todos. Y una de las cosas que Emil había aprendido es que nada era sólo blanco o negro.

—Su majestad, hemos llegado al límite del camino. Los pegasos están listos —dijo el conductor mientras abría la puerta.

Emil asintió, bajó del carruaje y le extendió la mano a Gianna para ayudarla a bajar. Y así, tomados de la mano, miraron de frente a su gente, que ahora los rodeaba. Podían escuchar distintas voces anunciando el honor que para ellos significaba recibirlos en Beros, mientras otras decían que esperaban que la pasaran bien durante su estadía. Pudo escuchar a una mujer que le decía a la reina lo feliz que estaba por su regreso.

Y es que, desde que se casaron, Gianna no había vuelto a su casa en Beros. Ahora vivía en Eben.

—¡Cuánto tiempo ha pasado, su majestad! —continuó la mujer.

—Sí, poco más de un año —respondió Gianna con un tono que Emil no supo descifrar.

El tiempo pasaba demasiado rápido, aunque a veces no lo suficiente.

Hace algunos días celebraron su primer aniversario de matrimonio en Eben con una gran fiesta en el castillo. Y semanas antes habían tenido una ceremonia en memoria de la reina Virian y de las personas que perdieron la vida en la isla.

Elyon.

El sólo pensar en ella hacía que su corazón volviera a romperse. Y pensaba en ella todo el tiempo.

Ya había pasado más de un año desde la última vez que vio su sonrisa. Desde la última vez que escuchó su voz. Desde la última vez que pudo sentirla. Y un año no había sido tiempo suficiente para que el dolor desapareciera, porque él todavía podía recordar todo como si hubiera sido ayer.

Llegaron los demás carruajes en la caravana y de ahí bajaron los acompañantes de la familia real. No podía faltar, por supuesto, Marietta Lloyd, la madre de Gianna, quien se había mudado al castillo desde la boda. También iba Zelos, el tío de Emil, junto con algunos miembros del Consejo Real. Y, al final del camino, dirigiéndose hacia ellos a paso firme, venían Gavril Lloyd y Mila Tariel, sus más grandes amigos.

—¿Listos para subir, su majestad? —preguntó uno de los guardias.

—Estamos listos —respondió, luego se despidió de las personas que lo rodeaban y les prometió que esa misma tarde bajaría a dar un paseo. Para él era importante conocer a su gente.

Su pegaso, Saeta, ya lo esperaba; el joven rey le acarició el pelaje oscuro antes de subir. Saeta comenzó a ascender y lo primero que Emil Solerian vio al estar entre las nubes fue el resplandeciente sol de Fenrai, al fin en el cielo y en toda su gloria.



Derien, el senescal de Emil, salió de la habitación después de recordarle los compromisos del día.

Emil tenía un rato libre hasta el mediodía y después de la hora de la comida debía hacer su primera visita por las calles rocosas de Beros. Los siguientes días estarían llenos de reuniones con personas importantes de la ciudad, personas muy mayores que lo ponían nervioso. El rey apenas tenía dieciocho años y, durante su corto tiempo en la Corona, había notado que muchos lo trataban con condescendencia.

Suspiró con pesadez y procedió a quitarse la corona. Esta representaba un gran peso, incluso cuando no la llevaba puesta.

—Mi madre me asesinaría si me quito la mía.

La voz de Gianna lo sacó de sus pensamientos. Dio media vuelta para encontrarla sentada en la cama, mirándolo muy atenta. No tuvo que preguntarle; sabía que se refería a la corona.

—Podemos decirle que la perdiste —respondió en tono bromista, encogiéndose de hombros. Luego caminó hacia ella para sentarse a su lado.

—En verdad quieres que me asesine. —Sonrió débilmente y se dejó caer hacia atrás, sobre el colchón. La tiara seguramente estaba bien sujeta, pues no se movió de su sitio.

Emil también se dejó caer. Le gustaba esta nueva cercanía con Gianna. A pesar de que la conocía desde que ambos eran unos niños, ella siempre fue la más reservada de sus amigas. Eran pocas las ocasiones en las que bajaba la guardia frente a otros, y ahora que pasaban más tiempo juntos, era normal que, cuando estaban a solas, bromeara y sonriera con más libertad.

Él, en cambio, todavía luchaba por sonreír.

—¿Estás feliz de volver a tu casa? —preguntó Emil, girando un poco el rostro para verla.

Gianna no se percató del movimiento o eligió no voltear, pues se quedó mirando hacia el techo. Había un enorme candil adornado con piedras preciosas y luces de solaris. Era una habitación bastante amplia y elegante. Por lo que tenía entendido, era la que solían utilizar Febos Lloyd, el actual general de la Guardia Real, y Marietta Lloyd. Esto cuando aún compartían una vida de pareja. La habitación llevaba años sin usarse.

—Esta ya no es mi casa —respondió Gianna, haciendo una mueca leve de disgusto—. Y nunca me sentí en casa cuando vivía aquí. Era más bien una jaula, oh... —Se tapó la boca con una mano—. Estar aquí no me hace bien, ya estoy soltando cosas que no suelo decir en voz alta.

—A veces es mejor decirlas o podrían consumirte por dentro —dijo Emil, hablando por experiencia.

De pronto se escucharon ruidos que provenían de la gran ventana que daba al balcón y todos los sentidos de Emil se encendieron de inmediato. Se puso de pie de un solo salto, se situó frente a Gianna para cubrirla con su cuerpo y un gran orbe de fuego apareció en cada una de sus manos. Estaba más que preparado para atacar.

—Espera, creo... —comenzó a decir Gianna, tomando el brazo de Emil con una mano.

—Somos nosotros —anunció Gavril al entrar. Lo seguía Mila.

Emil sintió que una fuerte presión abandonaba su pecho. Ambos orbes de fuego se esfumaron.

—¿Es en serio, Gavril? —espetó Gianna, dirigiéndose molesta hacia su hermano—. Pudiste tocar la puerta, como la gente civilizada.

Gavril chasqueó la lengua y se adentró en la habitación.

—Las viejas costumbres no se pierden. Quería ver si todavía podía trepar hasta esta habitación; hace años que no lo hacía.

—Intenté convencerlo de usar la puerta, pero él me convenció de trepar para subir —intervino Mila, con una sonrisa que pedía disculpas—. Lo siento, Emil. Dadas las circunstancias, fue imprudente de nuestra parte.

—No, no se preocupen —replicó el joven rey, respirando profundamente—. Es sólo que estos últimos días mis nervios están más intensos que nunca.

—Todos lo entendemos perfectamente —agregó Gianna, cruzándose de brazos—. Gavril, ¿podemos ir eliminando esa costumbre de usar los balcones de los demás como entrada?

Gavril le dedicó una sonrisa de medio lado.

—Nunca —dijo con simpleza y luego dirigió la mirada hacia Emil—. Los guardias nos dejaron pasar, pero sabes que no permitirían que nadie más lo hiciera. Van a tener rodeado el perímetro en todo momento; yo mismo di la orden.

Emil negó con la cabeza para restarle importancia al asunto. Era de lo más normal que su mejor amigo se escabullera y entrara así a su habitación. Suponía que lo había tomado por sorpresa en esta ocasión porque estaba en un lugar desconocido.

—Pensábamos ir a comer a uno de los jardines de la casa. Gav dice que tienen una cueva con cocina y comedor —dijo Mila—. ¿Vienen?

—Gavril, sabes bien que ese es el comedor de los cocineros y que mamá odia que vayamos —señaló Gianna; su postura era rígida.

—Ya ni siquiera vivimos aquí, no tenemos que seguir sus reglas —respondió el menor de los mellizos.

A pesar de que Gianna seguía con los brazos cruzados, Emil pudo notar que apretaba los puños con frustración. Las palabras de su hermano la habían afectado, pues aunque ya no vivieran bajo el techo de Marietta Lloyd, Gianna no había dejado de obedecerla. Podría ser la reina de Alariel, pero su madre no la dejaba olvidar que primero era su hija. Y, para esa señora, eso significaba que era de su propiedad.

Podría decirse que a Emil no le agradaba su suegra en lo más mínimo.

—Podemos comer en otro lado, dentro de la mansión —sugirió Emil, para apoyar a Gianna.

—Claro, la cosa es estar juntos —dijo Mila, quien al parecer también había notado la incomodidad de su amiga.

Gianna les dedicó una mirada de agradecimiento a ambos, pero negó con la cabeza y al fin dejó caer los brazos.

—No, Gavril tiene razón. Además, los cocineros siempre se quedan con la mejor comida —dijo y tomó su tiara para quitársela—. No le digan a mi madre.

Emil no supo si se refería al hecho de que los cocineros guardaban la mejor comida para ellos o a que se había quitado la corona. Pero no importaba. Esos pequeños momentos en los que desafiaba a su madre eran cuando más se podía apreciar a la verdadera Gianna.

Tal vez nunca la había desafiado de frente, pero por ahora, esos momentos a escondidas eran suficiente.

—Vamos entonces —dijo Gavril.

—Por la puerta, por favor —respondió Gianna.

Los hermanos salieron del cuarto y Emil se dispuso a seguirlos, pero notó que Mila se quedó atrás y caminó de vuelta hacia el balcón. Se abrazaba a sí misma y miraba para afuera, hacia el cielo.

—Mi, ¿estás bien? —preguntó el joven rey, acercándose.

Mila no volteó a verlo.

—Sí, es sólo que desde la ceremonia del aniversario luctuoso no he podido dejar de pensar en Elyon —respondió, soltando un suspiro audible. Mila siempre había sido la más fuerte de todas las personas que conocía; y aun así, tardó meses en poder decir el nombre de Elyon sin que sus ojos se humedecieran—. En este rato libre subí al pegaso de Gavril y di una vuelta por los cielos de Beros. A ella le hubiera encantado.

Ahora Emil tenía un nudo en la garganta. No confiaba en que su voz pudiera salir sin quebrarse. Este último año había sido difícil para todos. Él no sólo había perdido a Elyon, sino también a su madre. Y, a pesar de que sentía que la tristeza lo perseguía para clavar sus garras en su corazón, nunca se había permitido caer. No pudo encerrarse a llorar, no pudo pedir que lo dejaran en paz con su dolor. No pudo, porque un rey no puede sumirse en su miseria y olvidar a su nación.

Por eso no había sanado. Porque ni siquiera había permitido que la herida sangrara.

—Todavía no pierdo la esperanza de que encontremos a Vela, ¿sabes? —dijo Mila entonces.

En eso, Gianna se asomó por la puerta.

—Aquí están, ¿vienen o qué? —preguntó, pero al ver las expresiones en ambos rostros, la suya se descompuso—. ¿Pasa algo?

—No, no —se apresuró a decir Mila y caminó hacia Gianna—. Vamos ya.

Emil las siguió.



La comida estuvo deliciosa, y aunque Marietta Lloyd los había mirado con reprobación cuando regresaron a la mansión, Gianna no parecía arrepentida. Ahora ambos lucían de nuevo sus respectivas coronas y sus mejores caras, pues se encontraban en la ciudad, caminando en uno de los mercados para conocer de cerca a los habitantes de Beros. Una cuadrilla de la Guardia Real los seguía de cerca; Gavril lideraba, pues lo habían ascendido al puesto de capitán.

El senescal de Emil le había insistido en que usara su capa para el paseo, pero él se negó, pues era demasiado ostentosa y ya tenía suficiente con la corona. El resto de su atuendo iba más por el lado simple: llevaba botas largas, pantalones negros y un saco largo color rojo oscuro, con varios detalles en dorado y sin joyería.

Estuvieron largas horas admirando los puestos del lugar y charlando animadamente con los ciudadanos. Esta costumbre también la había originado la reina Virian, pues le parecía absurdo que, para escuchar la voz del pueblo, las personas tuvieran que ir hasta Eben y pedir una audiencia con los reyes en el trono. De esta forma podían escucharlos de primera mano y mirar con sus propios ojos las problemáticas de cada ciudad.

Era la primera vez que visitaba las calles de Beros pues, aunque ya le había tocado ir alguna vez junto a sus padres, siempre elegía quedarse dentro del lugar en el que estuvieran hospedándose. De hecho, si no fuera por Elyon, todavía tendría miedo de pasear por las calles como si nada. Aún preferiría encerrarse en la falsa seguridad que le brindaban unos simples muros. Se preguntaba, si aún fuera el Emil de antes, ¿habría eliminado esta costumbre de visitar una ciudad por año? Probablemente sí, porque el Emil de antes no se atrevía a poner un pie fuera de Eben.

Comenzaba a oscurecer cuando llegó la hora de finalizar el recorrido. La tradición era cerrarlo en el centro de la ciudad, en donde se preparaba una plataforma para que el rey o la reina dijera algunas palabras. Ya había un grupo de gente esperándolo, así que subió al pedestal en compañía de Gianna, Gavril y dos miembros más de la Guardia Real.

Emil comenzó a agradecer por toda la hospitalidad que la ciudad les había brindado a lo largo de su primer día y aclaró que la visita duraría aproximadamente seis o siete días más. En ese momento, una pequeña mano se alzó entre el público.

La había levantado una niña de unos diez años, de piel morena y grandes ojos marrones. La pequeña, al notar que tenía la atención del rey, no esperó a que le concedieran la palabra.

—Disculpe, su majestad. Mi papá me dijo que no era correcto preguntárselo, pero mi hermanito y yo tenemos mucho miedo —dijo, y entre todo el silencio, su aguda voz se escuchaba fuerte y clara—. ¿Usted nos puede explicar por qué hay días en los que el sol se tarda en salir?

Emil apretó la mandíbula, intentando no ponerse nervioso. Hablar en público nunca había sido una de sus actividades favoritas, pero la práctica lo había ayudado a desenvolverse con más naturalidad y liderazgo. El problema era que no estaba preparado para responder esa pregunta, porque no tenía la respuesta.

Zelos subió a la plataforma para intervenir.

—Lo siento, pero el rey no puede responder. No tiene control sobre lo que está ocurriendo. Cuando tengamos respuestas, se dará un comunicado oficial.

—No, está bien —exclamó Emil, dándole la cara a su gente—. Ya se está investigando la situación. De hecho, el príncipe Ezra es quien está encabezando la misión. Es un problema que la familia real se toma muy en serio y todo lo que descubramos lo sabrán ustedes también —informó y dio un paso al frente—. Por ahora les pido que continuemos guardando la calma.

—¡Cuidado!

Fue lo último que Emil escuchó antes de que Gavril lo embistiera con fuerza y, en cuanto su cuerpo tocó el suelo, una flecha de ballesta se clavó con certeza en el piso, justo a un lado de su cabeza. El joven rey palideció al darse cuenta de lo que acababa de ocurrir.

Otra vez.

Gavril se levantó y maldijo en voz alta antes de ordenar a la Guardia Real que rodearan el perímetro por tierra y por cielo.

Gianna se agachó a un lado de Emil y lo tomó del brazo para que se levantara, mientras le susurraba, con la voz llena de pánico, que tenían que salir de ahí. La gente alrededor se había vuelto loca, gritaba y corría por todos lados. Y, entre los gritos, el que más se podía distinguir era el siguiente:

—¡Han intentado asesinar al rey!